

ro, porque Dios se reveló á su hechura por la ley del amor; no en el segundo, porque la idea estaba concebida; no en el tercero, porque el hombre, en su estado primitivo convencional y supuesto, está más propenso á la admiración que al miedo; porque del peligro se huye sin detenerse á adorarlo; porque lo que se alza por Dios infunde respeto, y ántes fué elegido por el reconocimiento ó el asombro.

Sin embargo, es evidente que en el culto se encuentran mezclados dos sentimientos, al parecer imposible de estar asociados, el amor y el miedo. La explicación es fácil. Dios se considera siempre como la perfección absoluta. Á poco que se examine, el hombre se encuentra imperfecto, trunco. La inmensa grandeza de Dios, los favores de él alcanzados, la esperanza de los beneficios por recibir, determinan la admiración, el agradecimiento y el amor. Las relaciones que se establecen entre Dios y el hombre presuponen una regla de conducta, es decir, una ley con su parte penal; recompensa para quien la cumple, castigo para quien la infrinje. Ahora bien; reconocida por el hombre su imperfección, por esta causa, ó por temor á la perversidad personal, piensa que es fácil, muy fácil conculcar la ley. Del crimen viene el miedo al castigo, el temor á la Divinidad; no por suponerla malévolá ó vengativa, sino precisamente por considerarla justa.

Apartado el hombre de la revelación, quedó entregado á su propia ceguedad. El amor inventó la ofrenda, el miedo el sacrificio. La ofrenda es al principio sencilla, como sencillo es el corazón; después razonada, á medida que se ilustra la mente. Nada más tierno, nada más natural, que colocar sobre el altar la yerba olorosa, la flor fragante de los campos, el fruto sazonado y sabroso, las espigas de la cosecha, las primicias del rebaño. El sacrificio es la expiación, y comienza por la persona del culpado. La falta se purga por la pena proporcional; cuanto más grave es el pecado, tanto mayor será la penitencia. Brota del labio la oración ó súplica; siguen la abstinencia, la maceración; el arrepentimiento y el fervor conducen á expiaciones en que el cuerpo se desgarrá, y la sangre que de las heridas mana es la primera que, sin pretenderlo, se ofrece á la Divinidad.

La lógica del sentimiento anda por pendientes resbaladizas. Prosiguiendo en sus inducciones, admite que la culpa puede re-

dimirse por objetos extraños al culpado; es decir, descubre el sistema de sustitución. Y como la Divinidad es dueña de todo lo creado, fuente de la producción y de la vida, infiere, que no solo se le deben los seres inanimados, sino también los vivientes; á las plantas, flores y frutos seguirá la ofrenda de animales. Los seres animados solo pueden ser sustituidos por seres animados. A la ofrenda acompaña la víctima, el símbolo expiatorio; el sacrificio se hace superior á la oblación. [La víctima se hace santa, por estar consagrada á Dios: si redime la culpa individual también puede ponerse en desagravio de las maldades públicas, ó por la salud común; entonces el sentimiento particular se convertirá en común y ritual. La víctima será de tanto mayor precio, cuanto mayores sean las perfecciones que se le atribuyan. Cada pueblo dará la preferencia á un animal privilegiado; y como la repetición de un sacrificio es la repetición de una obra meritoria, no siempre la piedra se conformará con una víctima, y llegará hasta la hecatombe.

Se escapan las ideas intermedias, que á los hombres actuales no pueden ocurrir, hasta llegar á la víctima humana, que era la consecuencia forzosa de una lógica inflexible, torcida en sus principios. Admitida la sustitución, el suplicio del criminal que satisficía la vindicta pública, se transformó en el sacrificio del malo para aplacar á la Divinidad enojada y alcanzar el remedio de la comunidad. Si se degollaba al prisionero por enemigo de la patria, se le podía sacrificar como enemigo de los dioses. Se inmolaba al esclavo, con el derecho que el señor tenía para disponer á su antojo de su propiedad. Pereció también el inocente, pedido por el expreso mandato del dios, por el voto popular, por las prescripciones del rito.

Puesta la primitiva verdad en la resbaladiza pendiente, fuerza era verla despeñada hasta el abismo. El pensamiento seguía el orden progresivo; la piedra para sostener el ara; los metales y objetos valiosos para adornarla; las plantas y frutos para ofrenda; los animales, víctimas de sustitución; preciso era llegar al ser más perfecto en la creación, al máspreciado, al que más se puede semejar á la Divinidad, el hombre. El hombre víctima de sí propio en la penitencia personal; víctima de sustitución por una congregación, por un pueblo entero. Si el sacrificio del criminal era grato, en casos excepcionales lo sería con mayor razón

el del inocente. Si sucumbía el guerrero, también tenía su precio la sangre de la mujer y del niño. Nada de esto podemos ahora admitir como racional, porque precisamente venimos contra la corriente de aquellas ideas absurdas. Nos parece el sacrificio humano, impío y abominable; matar al inocente, atentatorio y criminal; dar la muerte al prisionero, injusto; reconocer la esclavitud, inicuo: pensamos detenernos ante la vida del malvado, como ante cosa de la cual no podemos disponer.

Vemos á todos los pueblos convergir á un punto, aunque ignoramos los caminos por donde llegaron; se les ve coincidir en una idea comun, sin que tengamos todos los elementos para juzgar del raciocinio. Sin embargo, estudiando los rastros que aún quedan en la historia, se descubre que el sacrificio humano, más es error del espíritu, que perversidad del corazón; dimanó de exceso en el sentimiento religioso, y no de verdadera inclinación al mal. Los pueblos en los tiempos que siguieron esa bárbara institución, progresaron física y moralmente. La víctima humana no se presentó, sin existir primero la idea de un Ser Supremo, la inmortalidad del alma, la vida futura, el castigo y la recompensa de las acciones, la redención de la culpa, la sustitución en el sacrificio, la eficacia de las acciones buenas para lograr el perdón; un conjunto completo de doctrinas, enderezadas á ensalzar la virtud y enfrenar el vicio. Sin duda que es una inmensa mejora moral haber suprimido esa práctica salvaje; pero, examinada filosóficamente, no se presta á las lamentaciones intempestivas de ciertos pensadores llorones. El sacrificio humano es un lamentable error de la humanidad. Adoptando los pensamientos del conde de Maistre, (1) "su horror nace de que sin duda ignoran "que el abuso de sacrificios, por enorme que sea, es nada en "comparación de la impiedad absoluta." En cuanto á mí, voy más adelante. Prefiero la víctima humana, á la ausencia de Dios y de su altar en el sistema del ateo: para mí, encierra más sentido comun el fetiche del negro bozal, que el evasivo y desconsolador *quien sabe* del pirrónico. El cristianismo hace imposible que aparezca otra vez la víctima humana: Dios aparta indignado los ojos de la sangre, y ya fué redimida la humanidad por el cruento sacrificio del Calvario.

(1) In Ramírez, loco cit. pág. 70.

Fuera del que acabamos de narrar, se formula segundo cargo contra los mexicanos, el de antropofagía. Seré breve:

"Además de los ejemplos producidos, dice el Sr. Don José Fernando Ramírez, (1) y sin tomar en cuenta el semillero de antropófagos, que los poetas antiguos y los mitólogos sitúan en el corazón de la Europa, sabemos por Plinio y por Pomponio Mela, (2) que lo eran esas numerosas tribus conocidas bajo la denominación de *Escitas*: lo mismo dice Estrabon (3) de los *Irlandeses*; como testigo de vista lo afirma San Gerónimo (4) de los *Escoceses*, y Diódoro de Sisilia, (5) confirmando estas noticias, aumenta el catálogo con las numerosas tribus de los *Celtas*. Voltaire cita un pasaje de Marco Polo, que decía ser un privilegio de los magos y sacerdotes *Tártaros* comer la carne de los ajusticiados, y Sir Stamford Raffles refiere un hecho semejante, de muy reciente data y del más singular carácter que observó entre los *Battas*, (6) pueblo de la Sumatra, donde la civilización ha hecho grandes progresos, pues no sólo han adoptado para su gobierno las formas constitucionales, sino que también tienen establecimientos de instrucción pública, y una gran parte de la población sabe leer y escribir."

"Para dar punto á este artículo y completar la prueba relativa á la universalidad del *antropofagismo*, diré con el sabio Virey, que ha examinado la materia como historiador, como filósofo y como fisiólogo: "Las naciones hoy más cultas fueron antiguamente *antropófagas*: Pellontier lo afirma de todos los *Celtas*, (7) "y Cluver de los Alemanes. (8) Infiérese por las capitulares de "Carlo Magno (9) que este crimen debía ser bastante comun, "puesto que aquel grande monarca tuvo necesidad de imponer "penas para suprimirlo. En la guerra que los tártaros hicieron á "los rusos el año de 1740, se les vió chupar la sangre á los muer-

(1) Notas y aclaraciones, pág. 64.

(2) Plin. Hist. natur. IV, 17.—Mela, de Situ Orbis, II, I.

(3) Geograph., lib. IV, pág. 139.

(4) Cit. por Torquemada, lib. XIV, cap. XXVI.

(5) Hist. Univers., V. 21.

(6) Encyclopédie des gens du monde, &c. art. Adultère.

(7) Hist. des cultes, t. I, pág. 235-242.

(8) German. antig.

(9) Edic. d'Heinec., pág. 332.

“tos. Todos los europeos descienden originariamente de una raza antropófaga. Un antiguo escoliasta de Píndaro lo afirma de los “pueblos del Ática, en épocas remotas, y Pausanias lo asegura “de los antiguos griegos, que con el discurso del tiempo llegaron “á formar la nación más culta é ilustrada del universo.” El autor citado que prosigue haciendo una larga y minuciosa enumeración de otros muchos pueblos de ambos continentes, para probar, *que nada tiene absolutamente de nuevo ni de extraño que el hombre haya devorado á su semejante*, la cierra exclamando: “Nosotros, pues, somos descendientes de antropófagos.” (1)

Infiérese de aquí, que la antropofagia ha sido crimen común del mundo entero; esta cuestión queda colocada en el mismo terreno que la de los sacrificios humanos.

Denomínase antropófago al que come carne humana. Se comprende que comer carne humana es un acto abominable, y se debe conceder que los mexicanos se entregaban á esta práctica. Pero, ¿no existe diferencia alguna, entre quien la come por vicio, por placer, por costumbre, porque hace de ella la parte principal y constante de su alimentación, y quien sólo la come en ciertas y determinadas ocasiones, permitidas por la ley y prescritas por el culto? No, se responderá; la razón anatematiza el hecho bárbaro de tocar á la carne del hombre, y no aminora el crimen la cantidad tomada por alimento, ni el disfraz con que se la encubra. Sin pretender clasificar los diversos géneros de antropofagia, insisto en que, es más viciosa y repugnante la conducta del caribe, del caníbal, del acaxee, que andaban á caza de hombres para devorarlos, que la de los méxica comiendo únicamente, por sentimiento religioso, la carne de las víctimas inmoladas á los dioses. Sólo pretendo explicar la antropofagia de los aztecas.

Resumiendo de nuevo lo que ya dijimos, el Estado y los particulares proveían de víctimas al culto, y ninguna injusticia, según ellos, se cometía en la muerte de las personas entregadas al cuchillo sacerdotal. Los esclavos perecían bajo el derecho que el dueño tenía para disponer de sus cosas. En cuanto á los prisioneros de guerra, reconvenido Motecuhzoma por Cortés acerca de la crueldad de los sacrificios, contestó el rey: “Nosotros tenemos derecho de quitar la vida á nuestros enemigos; podemos

(1) Nouveau diction. d'hist. natur. art. Anthropophage. Paris, 1816.

“matarlos en el calor de la acción, como vosotros haceis con los “nuestros. ¿Y por qué no podremos reservarlos para honrar con “su muerte á nuestros dioses?” (1) Idénticas ideas acerca de estos capítulos, profesaban muchos pueblos del antiguo continente.

Conforme al sistema de sustitución, inmolada la víctima quedaba consagrada, por pertenecer á las divinidades. Sacada de su estado natural por la santificación del sacrificio, se transformaba en una sustancia mística; desaparecían los caracteres primitivos, digamos así, para adquirir otros simbólicos y perfectos. Comer de la víctima es declararse adorador del dios, confesor de la religión, parte integrante de los creyentes; hay una especie de identificación con la misma divinidad; se goza de una prerrogativa casi celeste; el objeto comido cobra el mismo valor de la transformación santa del sacrificio. “Por una continuación de las mismas ideas sobre la naturaleza y eficacia de los sacrificios, veían “también los antiguos alguna cosa misteriosa en la comida del “cuerpo y de la sangre de la víctima. *Ésta contenía, en su sentir, “el complemento del sacrificio y de la unidad religiosa*, de tal modo, “que los cristianos rehusaron por mucho tiempo probar las carnes inmoladas, para que no se creyese que comiéndolas, reconocían las falsas divinidades á que se habían ofrecido; *porque “todos los que participaban de una víctima son un mismo cuerpo.* (2) “Mas esta idea universal de la comunión por la sangre, aunque “viciosa en su aplicación, creo sin embargo justa y perfecta en “su origen, así como aquella de la cual derivaba.” (3)

Los méxica, en virtud de la trasmutación, comían la carne de la víctima, no por ser codorniz, culebra ú hombre, sino porque era una sustancia santa. La tenían por cosa consagrada y sagrada, como aquella masa de tzoalli de que formaban el cuerpo de Huitzilopochtli, que despedazada servía en menudos trozos para su comunión mística. Además, la participación de la víctima sólo alcanzaba á la gente ilustre y principal, al dueño del esclavo ó cautivador del prisionero con sus amigos y parientes; no era una práctica universal, no todos llegaban á comer la carne humana.

(1) Clavigero, tom. II, pág. 427.

(2) 1. Corinth. X, 17.

(3) El conde de Maistre, cit. por Ramírez, pág. 56.

Pudiera llamar la atención ese convite repugnante en que la víctima era servida condimentada. Pero, los grados en el ejército, las distinciones civiles, las recompensas de todo género se alcanzaban en los campos de batalla, y se medían por el número de prisioneros cautivados personalmente. Traer un hombre de la guerra era una valentía, era rematar una hazaña á la cual seguía el premio; prescrito por el ritual que el prisionero se consagrara á los dioses, quedaba trasmutado en víctima; nacía de entrambas cosas un acontecimiento fausto, y para comer la sustancia mística y celebrar los hechos del guerrero, era ese convite religioso y social al tiempo mismo, á que concurrían los amigos y parientes del vencedor.

Fuera de la víctima inmolada, nunca los méxica comieron la carne humana, ni aun en los casos de mayor apuro. Hé aquí la prueba. Bajo el reinado de Motecuhzoma Ilhuicamina sobrevino una hambre espantosa; el pueblo necesitado devoró plantas y raíces; se alimentó de los animales más inmundos; vendieron sus hijos á cambio de maíz á los mercaderes cuexteca y se vendían á sí propios; emigraron á tierras lejanas, quedando muchos muertos por campos y caminos: durante tamaño apuro no se registra en los anales de ese pueblo afligido que se comieran unos á otros, no ya dando á otro la muerte cuando vivo, pero ni aun aprovechando los despojos de los muertos. Repitióse la plaga en el reinado del segundo Motecuhzoma, y en las mismas condiciones.

Los conquistadores, (1) como testigos presenciales, refieren los sufrimientos de los méxica durante el asedio de Tenochtitlan. El hambre fué la más cruel. Consumidas las provisiones comieron las hojas y las cortezas de los árboles; escarvaron la tierra para sacar las raíces; agotaron las sabandijas en la tierra y en el agua de la ciudad: murieron de hambre y no tocaron á los cuerpos de los suyos. No les faltaba poco ni mucho de aquel alimento, porque las plazas, las calles, las casas estaban sembradas con montones de cadáveres despedazados y de miembros esparcidos. "También quiero decir, dice Bernal Díaz, (2) que no comían la carne de sus mexicanos, sino era de los enemigos tlaxcaltecas y las nuestras que apañaban; y no se ha hallado generacion en el

(1) Bernal Díaz, cap. CLVI. Cartas de Cortés, en Lorenzana, pág. 289.

(2) Loco cit.

"mundo que tanto sufriese la hambre y sed y contiúas guerras como ésta." Es de advertir, que esa carne de los tlaxcaltecas y de los españoles que los méxica comían, provenía de los prisioneros sacrificados, mas no de los muertos caídos sobre el campo de batalla. Francisco López de Gomara, informado por los conquistadores, repite la cuenta de las penurias de los sitiados y escribe: "De aquí también se conoce, cómo mexicanos aunque comen carne de hombre, no comen la de los suyos, como algunos piensan, que si la comieran, no murieran así de hambre." (1) El cronista Herrera, (2) quien tuvo á la vista documentos auténticos, afirma expresamente: "Teníanse en casa los muertos, porque los enemigos no conociesen su flaqueza: no los comían, porque los mexicanos no comían los suyos."

Causa verdadera admiración que, contra autoridades tan caracterizadas, emita opinión contraria el Sr. Prescott, en su Historia de la Conquista de México; mas ya fué combatido victoriosamente por el Sr. Ramírez. (3)

Pongo punto final á este asunto. Ignoro cuál será la impresión que mis observaciones dejen en el ánimo de los lectores. En mi creencia personal, si porque los méxica gustaban la carne humana se les puede llamar antropófagos, evidentemente no eran caníbales. Una advertencia. Ni remotamente se vea en lo escrito la aprobación del sacrificio humano, ni mucho ménos el comer de la víctima. Esta es explicación, y no defensa. (4) Aborrezco todas las acciones que propenden á la destrucción violenta del hombre, llevando por máxima, pocas veces la sangre se vertió sin crimen.

(1) Crónica de la N. España, cap. CXXXXIII, in Barcia.

(2) Déc. III, lib. II, cap. VIII.

(3) Notas y esclarecimientos, pág. 64.

(4) Fr. Jacobo de Testera, escribiendo al emperador Carlos V, de Huexotzinco, á 6 de Mayo 1533, le decía: "Sy dyçen que tienen incapacidad natural, díganlo las obras y encomençando de sus males los ritos de las ydolatrías é adoraciones de sus falsos dioses é çirimonias de diversos grados de personas cerca de sus sacrificios que, aunque esto es malo, naçe de vna sollicitud natural no dormida, que busca so-
"corro é no topa con el verdadero remediador, &c." Cartas de Indias, pág. 64.